

que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan lágrimas de los sacrosantos dientes de fierro, y pasa el cerrojo por dentones que se abren y cierran, y sabe qué hacerse: *enemigos, enemigos*. Esto es lo que nos tenebrosos, y lo que respondian otros. En los principales de la ciudad, habian encontrados los afectos. Unos llenos de temor, otros llenos de coraje; segun estaban contentos ó disgustados del actual Gobierno.

32. El saac Angelo impaciente pide, ruega, insta, y promete gratificar á una sola centinela que nos habia quedado para que nos ayudara á subir á lo mas alto de la fortaleza en que estábamos, pues las últimas puertas de hierro eran bastantes para responder de nuestras personas. Añadió á las promesas ciertas dádivas, y esta llave de oro principalmente, y despues las de hierro, nos abrieron finalmente las puertas, y subimos ambos á lo mas alto acompañados de la centinela.

33. Ya las galeras se venian acercando, y las filas de los remos batiendo las olas á compás acelerado, me parecian las alas de las aves cuando vuelan ligeras. Todo el mar estaba cubierto. Parecian los vasos como un enjambre de abejas al rededor de su colmena; y en poco tiempo las galeras se embocan en el estrecho, abordan á la playa, y no léjos de la ciudad saltan en tierra los soldados, y el ejército se forma.

34. Eran seis mil franceses, ocho mil venecianos, y pocos mas extranjeros: los que venian á atacar una ciudad guarnecida por doscientos mil griegos. Los sitiadores peleaban en tierra ajena sin mas socorro que el de su valor: los sitiados combatian en su propia casa; y el amor de la patria, de las mujeres y de los hijos, junto al de sus intereses, les daba un ánimo multiplicado á los pechos que no estaban hambrientos; mas observando sus movimientos, parecia que los unos adivinaban su victoria, y los otros su ruina.

35. Yo veia al tirano corriendo en persona todos los puestos de la ciudad, exhortando á los cabos, amenazando á los soldados, pero intimidando á todos; pues en vez de animarlos, les comunicaba la propia pusilanimidad ó cobardía, porque traia impresos en el semblante el crimen y el miedo. Á veces se valia del rigor, y otras de la vil adulacion y baja, sin acertar jamás con el justo medio que debe guardar una majestad benévola. Con todo, volaba ligero de una

<sup>1</sup> Hasta cuarenta mil cuenta el *Abate Choyssi*, año 1202.

<sup>2</sup> El *Abate Vertot*, *Historia de Malta*.

LIBRO III.  
y se  
de  
bruto, le ymbra el claro miser de dice garboso con bizarría: Des-  
vaigada que quatro partes del horizon. deis, esa vida que os aca-  
cio, órdenes y contraórdenes. De una parte se despiden formidables que  
ros azuffe, pez, resina, y semejantes materiales estaba cubierto  
otra piedra enormes, estas para arruinar y aquellos para y morrion  
máquinas que se acercasen á las puertas ó á las murallas. Median á la  
sino dardos, flechas, arcos y armas ofensivas. Unos arrojan por inde-  
fensos haces de leña y de sarmientos, materias fácilmente inflamas, ca-  
otros llevaban sacos de lana, de arena y de tierra para empujar con la  
golpes de los arietes, ó para apagar el fuego cuando no fuera la  
tuno. Por aquí se cortaban los puentes, por allí se minaba por de-  
bajo los muros para hacer caminos cubiertos, ó impedirselos á los  
contrarios. El pueblo parecia un hormiguero cuando lo descubren  
de repente: unos con otros se revolvian, y á la fuerza de la multi-  
tud se embarazaban mutuamente.

36. Por el contrario, el campo de los latinos todo era orden, todo alegría, todo valor. Los caballos de la Cruzada marchaban con un aire tan intrépido, noble y despejado, como si viesen, no el combate, sino el triunfo. Sobresalia entre todos el famoso dux de Venecia, Enrique Dandolo ó Dandolo. Las canas que se le descubrian por debajo el capacete le hacian mas respetable que los emplumados morriones de los otros capitanes que mandaban. Á pesar de su avanzada edad, él era quien daba las órdenes, y venia á la frente de todas las tropas reunidas. Traia á su lado al príncipe Alejo, montado en un hermoso caballo ricamente enjaezado, el cual ostentaba al mismo tiempo en la preciosidad de los arneses y de las armas que era un príncipe rico; y en el valor, ánimo y denuedo, que era un conquistador valeroso. Comandaban diferentes cuerpos, entre otros capitanes que yo no conocia, el gran Montmorenci, el Marqués de Montferrato, los Condes de Bloy, San Pablo, Bolonia, Percha, y el Conde de Flandes, que despues se tituló *Balduino I*. Este caballero de ningun modo esperaba entonces la corona de Constantinopla que la fortuna le preparaba, ni menos temia la infelicidad á que le conducia su misma fortuna.

37. De todo iba yo informando al Emperador ciego; y cuando le nombre á su hijo, se enterneció su corazon paterno, de modo que me ví obligado á dejar correr algunas lágrimas. Si llegas á reinar,

<sup>1</sup> Gobernaba su República hacia nueve años, y aunque de edad de ochenta, la gobernaba con acierto y entereza: tomó la insignia de cruzada, y dirigió la toma de Constantinopla.

que vuestro mismo mérito sea vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arroja con tanto mayor ímpetu quanto el gusto me hará morir á los dientes de fieras. Los movimientos de tan excesiva alegría, pero los tenebrosos á mi lado sobre el trono, y mas que desde allí me lucir, hizo transferir luego al trunfo. Pero no me consiente la infeniente un gran consuelo: no, no seré yo tan feliz que te vea victorioso. Ah cruel hado! ¿Por qué me conservaste la vida hasta un momento tan peligroso? De este modo me lo estaba mirando, ya transido de júbilo, ya desfallecido de tristeza; tímido en los deseos, y seguro en las esperanzas, y siempre atormentado en sus afectos. Yo te hacia saber cuanto pasaba, y la centinela me instruía en el conocimiento de los griegos que yo jamás habia visto.

38 Llegaron en fin los latinos cerca de las murallas de la ciudad, cuando la luz del sol se les retiraba. Entró la noche imponiendo á los mortales la ley del silencio y del descanso. La una fue obedecida, y la otra despreciada, procurando cada cual el dia siguiente sorprender á su contrario con el trabajo hecho á beneficio de las tinieblas; mas á la madrugada siguiente, los dos que pretendian engañar, se hallaron engañados.

39 Estaban ya dispuestas las formidables máquinas con que se habian de escalar los muros, y arrancar las puertas. Los ingenieros discurrían por todo el circuito de la ciudad á ver por dónde se podia formar el ataque. En esto se hallaban ocupados los principales jefes, cuando de improviso salió un destacamento de caballería para embarazarlo. No se sueltan con mas furia los vientos, cuando rotas las cadenas que los detienen, van por valles y montes á destruir todo lo que encuestran, como se vieron venir precipitados los griegos sobre los latinos. Hallábase el tirano en la escaramuza, aunque disfrazado, siendo igualmente medroso y temerario, degenerando alternativamente en estos dos extremos opuestos: efecto propio de quien se gobierna por la pasión, sin consultar al entendimiento. Llegó á conocerlo el príncipe Alejo, que no estaba disfrazado, ni tenia á su lado sino al Dux y otros pocos capitanes. Quiso, mas no pudo reprimir la cólera, y corrió como un rayo contra el tío con la lanza enristre\*. No advirtió el tirano el peligro á tiempo de evitarlo, y picando al bruto, corrió contra el sobrino. Quiébranseles con el golpe las lanzas, y pasaron los brutos adelante. Alejo perdió el capacete, y el tirano salió fuera de la silla. Echa el Príncipe mano del alfanje, y vuelve diestro el caballo sobre el tirano que ya se iba cayendo: viólo casi en tierra; mas señor de su cólera, le dió la mano, le detuvo

y adbruto, le vibra el temor ser de dice garboso con bizzarria: Desvainada que fada para defender, si podeis, esa vida que os acabo de dar calascargaronse de parte á parte golpes formidables que se oian y resonaban á larga distancia. El Príncipe estaba cubierto con solo su escudo, y el tirano con una de malla, visera y morrion de finísimo acero. Acuden de una y otra parte los que atendían á la seguridad de semejantes personas, y trábase la pelea con calor indecible: hé aquí que una saeta desconocida le hiere en los ojos el caballo del Príncipe: pierde el bruto el gobierno desesperado con la vehemencia del dolor, y dando desordenados brincos, revienta las cinchas, y el jinete á caballo en la silla, va por el aire á caer entre los enemigos, y á los piés del tirano. Ingrato este á la generosidad del sobrino, levanta el brazo, y con un dardo iba á clavarle con la tierra, cuando el Príncipe se salió por debajo del caballo del tirano, y al pasar dejó herido al bruto mortalmente. Á este tiempo un paje del Dux toma al Príncipe en brazos, y poniéndole á la grupa de su caballo, lo arranca y lo salva del peligro. Conoce el tirano que su caballo desatándose en sangre iba á caer en tierra, y monta en el de Constantino su valido, quien abrazado con él, muere atravesado de un dardo que le disparó el Dux. Huyó desanimado el tirano: quiere seguirle el sobrino, mas el Dux le detiene del brazo, y con la autoridad del empleo y de los años lo hace parar inmóvil, reprendiéndole su disculpable y gloriosa temeridad.

40 Entre tanto por la parte del mar se hacia un vigoroso ataque siguiendo las órdenes de Balduino; y mientras se armaba un formidable ariete\* para batir una de las puertas de la ciudad, los honderos con piedras, y los demás con saetas desbarataban todo lo que se asomaba á los muros, para impedir los trabajos. Acude la mayor fuerza de los griegos á esta parte, temerosos del peligro; y para abrasar la máquina que ya estaba pronta y comenzaba á obrar con fruto, arrojan sobre ella muchos haces de leña mezclados con pez y resina; y eran tantos y tan continuos, que parecia llover fuego del cielo. Manda Balduino retirar á toda prisa la máquina, y preparar todo lo necesario para formar nuevo puente, dejando caer todo el fuego sobre el que habia, para que con el pábulo de su maderaje se quemase la puerta. Era el viento favorable, é inclinaba hácia ella las llamas, llevando el humo contra los muros, de modo, que se prendió en la puerta el incendio, á pesar de las diligencias que hacían los cercados para apagarlo. Parecia el sitio un infierno. Empieza á

caer el puente, y ardiendo las maderas, el calor y el humo impedían á gran distancia que nadie se acercase á la muralla. Advierte Balduino que á lo largo de la puente se iba extendiendo el fuego, y que ya las nuevas vigas serian cortas para suplir por las que se quemaban. El mismo echa pié á tierra, toma un destal para ir á atajar el incendio; pero dos soldados intrépidos se lo arrebatan de las manos, y van casi al medio de la hoguera á poner coto á las llamas, y decirles: *De aquí no paseis*: obedece el valor elemento indómito: atraviésanse las vigas en el puente, y se disponen las tropas para entrar con espada en mano, luego que la puente y las llamas les franqueen la empresa.

41 En este tiempo, el gran Montmorenci con cinco mil venecianos y dos mil franceses preparaban una escalada por la parte del puente, donde los muros estaban mas bajos. Ya las escalas estaban puestas, y los soldados disputando el honor de la primacia. Mas el Dux sagaz, fingiendo haber perdido la esperanza de este puesto, manda retirar de repente cuatro mil venecianos y mil franceses, y que á las órdenes del Marqués de Montferrato fueran á atacar por otro sitio que parecia mas oportuno. Quería hacer division de sus tropas, y con eso engañar á los enemigos delante de sus propios ojos; y para asegurarlos mas en el engaño, muy poco despues se llevó consigo otros mil y ochocientos hombres, dejando solos doscientos soldados al mando de Montmorenci, que estaba bien instruido de la estratagemata.

42 Cuando los griegos vieron que los sitiadores abandonaban el sitio, corrieron á castener el que juzgaban mas peligroso. Ardia entonces con la mayor fuerza la puerta de hácia la parte del mar, dando Balduino calor á su proyectada empresa. Montferrato no desconfiaba ser el primero que entrase en la ciudad, á cuyo fin trabajaba con estruendo. La noche habia ya extendido su tenebroso manto sobre Constantinopla; pero los baluartes brillaban con el fuego marcial que los sitiados encendian para arrojarlo sobre los que los cercaban, y sus formidables máquinas. Servia esta iluminacion para su ruina; pues los latinos disparaban sus saetas con puntería cierta, y los griegos á tienta.

43 En este medio tiempo maniobraban los marineros de industria, forzando los remos con gran ruido, mezclando muchas voces de alborozo y contento, para hacer creer que les habia llegado socorro

y s. cae. Acostumbra el temor ser demasiado crédulo, y como las tinieblas siempre fueron las madrinas del engaño, todas las industrias del Dux le salieron como las habia premeditado.

44 Entonces el príncipe Alejo, viendo que aquella parte del muro que atacaba Montmorenci estaba casi abandonada de los griegos, despachó aviso al Dux para que pusiera en ejecucion la escalada. En efecto, él fue gloriosamente el primero que subió atrevido, y echó valerosamente mano al muro; mas al querer montarlo, le faltó un pié y cayó; pero con la felicidad de que en la caída encontró dos valerosos soldados que subian tras de él, y precipitándose juntamente con ellos, fue el golpe del Príncipe menos funesto. Desde abajo animaba á los otros que iban subiendo envidiosos de su suerte, cuando vió que una piedra disforme rodando desde lo alto de la muralla, vino en fin á caer y quebrar la escala por donde los salteadores trepaban, quedándose en el sitio, unos muertos y otros estropeados. Mas glorioso y mas funesto fue el sucesor del gran Montmorenci; porque habiendo subido con felicidad por entre una lluvia de saetas que caian sobre su escudo, al llegar encima los muros lo atravesó una lanza por el pecho, y lo envió coronado de laurel al templo de la gloria, depositando su cadáver en el de la fama. Ya en este tiempo habian acudido el Dux y Montferrato con la fuerza de sus tropas, dejando en los lugares que atacaban todos los pifanos, tambores é instrumentos músicos, los cuales sonando, como si allí hubiese tropas, ocultaban á los sitiados su ausencia. No estaban los griegos prevenidos para tan vigoroso combate por aquel sitio que juzgaban abandonado: por eso se peleaba ya en los muros pecho á pecho. Quince soldados franceses llegaron á montarlos; mas ni solo escapó con vida, aunque tres de ellos antes de perderla consiguieron entrar en la ciudad, y la dejaron de antemano gloriosamente vengada. Vió el Dux que á esta parte de los muros habia acudido tal multitud de griegos, que á cada caballero correspondian muchos miles; y teniendo grande esperanza en la empresa de Balduino, mandó tocar á recoger para reservar soldados y fuerzas.

45 Conociendo esto el Emperador ciego, baja de la garita donde estábamos, temiendo el suceso funesto de combate tan peligroso. Yo le animaba con esperanzas, sin pasar los justos límites de una prudente incertidumbre, y ponderaba alguna de las razones con que en Zara habia dado ánimo á los caballeros cruzados para entrar en aquella expedición. Entonces el Emperador no sabia cómo darme

<sup>1</sup> Lib. IV, núm. 27 y 28.

á entender su agradecimiento, y me decia: Si llego á salir de la ciudad, os juro por cuanto el cielo y la tierra tienen de mas sagrado, que no tomará alimento mi cuerpo, ni mi sed refrigerio, ni mi cabeza descanso, sin que vos esteis á mi lado. Vos seréis el báculo de mi vejez, la luz de mis ojos, el consuelo de mi alma, el gobierno de mis pasos y el consejo de mis resoluciones. Vos seréis el conductor de Alejo en el trono, ya que lo fuisteis en el desierto. La mitad de nuestra corona será vuestra, porque toda ella se os debe; y si por cúmulo de mi infelicidad pereciese mi hijo en el combate, vos seréis el regente de mi cetro, hasta que mis tiernos nietos puedan empuñarle. Tomo por testigo al Dios que me castiga, y le pido que descargue sobre mí todo el furor de su justa venganza, si yo me olvidare de lo que ahora prometo en su presencia. Falten á mis brazos los nervios, oscurezcase mi entendimiento, quede mi lengua sin fuerza, olvidense de mí mis vasallos, si Isaac Angelo se olvidase de Misenno... Mas iba á decir; pero le interrumpí con urbanidad, porque ví que se enardecía, y solamente le dije:

46 Nada merezco, señor, y nada espero, porque obro principalmente por mí. El satisfacer las obligaciones de humanidad, de honor y de mi carácter, es lo que me anima á ayudar á cualquier afligido, y cuanto mas á un príncipe desterrado, y á un emperador preso. En la dulce satisfaccion de mi genio, y en lo que á mí me debo, logro un premio muy grande; y así, si tuviere el gusto y la dicha de que por medio de esta empresa vos y el Príncipe seais restituidos gloriosamente á la libertad y al trono, no podrá haber en el mundo galardón mas ilustre, y que mas llene mi corazón, que decirme á mí mismo con verdad: *Arranqué de las garras de la desgracia dos príncipes beneméritos, que sin mí naturalmente perecerian en ellas.* Así, señor, no ocupeis vuestro entendimiento con la idea de gratificar mis servicios, porque cuando me diésteis toda vuestra corona, no me podríais dar recompensa tan noble y gloriosa como la que puedo tener quedando en esta mazmorra. Tal vez os parecerá extraña esta mi filosofía; pero debéis entender que ha mucho tiempo que deseo hacer bien, solo por la satisfaccion de haberlo hecho. Con esto le dejé descansar el breve intervalo que el sueño le ocupó los sentidos, y me puse de centinela á la puerta de mi corazón, para que no esperase paga de hombre alguno, por cuanto esta esperanza es la puerta mas ordinaria de nuestra inquietud y desasosiego. Quien confía en los hombres se halla por lo comun engañado; y nada aflige mas vivamente un corazón sensible, que una justa esperanza frus-

y su caída, como sucede á aquel que en un camino tenebroso va á poner el pié con confianza en el suelo, y poniéndolo en falso, se precipita. Vos veréis despues que mi corazón fue buen profeta.

47 Llegó, en fin, la madrugada siguiente; pero aun no se sabia por qué parte del horizonte habia de aomar la aurora, y ya en el campo sonaban los bélicos instrumentos y los preparativos para un horrible asalto. Fué poco á poco esclareciendo el día, y parecia que toda la tierra se desentrañaba en gente; el murmullo del vecindario, multiplicado por todos los del pueblo y por los sitiadores, se asemejaba al susurro estruendoso del mar agitado contra las peñas. En toda la noche no habia cesado el Conde de Flandes de preparar un nuevo puente para avanzar la puerta que las llamas habian abierto, y á los primeros rayos del sol estaba ya el puente preparado, la puerta abierta, y Alejo á la frente de todas las tropas. Estaban los ánimos de los sitiadores impacientes, hasta los caballos lo estaban. Sonaban las trompetas y los timbales; pero aun no era esta la señal para entrar en la ciudad. Bajaban los frenos, y á pedazos caía la espuma que formaban de rabiosos y bravos: golpeaban la tierra, que temblaba y que resonaba bajo los piés de los brutos. Los relinchos, los brinco, los movimientos del cuerpo desconcertaban las filas. Dóblase la impaciencia de la caballería, cuando suena la señal de marchar la infantería á paso redoblado. Mas de cien mil griegos estaban dispuestos á defender la puerta, y los restantes sostenian todos los otros puestos peligrosos. Fiados en su ventajoso número repartian entre sí los despojos, antes de entrar en la pelea; y en su idea, cuantos caballeros venian, otras tantas víctimas destinaban á su furor y venganza. *Teófilo* y *Parmenas* eran los dos generales que comandaban las tropas de la plaza, y habian dispuesto que todos esperasen á pié firme á los sitiadores dentro de la ciudad, para que cercados por todas partes, ninguno pudiese escapar con vida del furor sangriento de sus armas.

48 Al llegar la infantería mas cerca de los muros, se disparó de golpe una lluvia tan cerrada y tan espesa de saetas, que tropezaban unas con otras en los aires, y se perdian muchos tiros. Caen de uno y otro lado los compañeros muertos, y los que sobreviven heredan luego de los difuntos el ánimo, el ardor y la rabia para la venganza. Ábrese en dos columnas la infantería al llegar al puente, y entra la caballería de golpe haciendo paso á la infantería. Trábase la pelea. Todo en la ciudad es horror, todo es confusion, todo mortandad. Como lobo voraz en medio de un numeroso rebaño, así andaba

la muerte con la funesta y desapiadada guadaña, envolviendo en cólera igualmente á los valerosos que á los flacos, á los latinos que á los griegos, á los caballeros que á los soldados rasos. Distinguíase entre los griegos *Timoteo*, joven de gran valor, que algun día se criaba con el príncipe Alejo, y tenia con él íntima amistad. Estimulado este entonces de la obligacion de su cargo, hacia prodigios de valor; y su brazo era el mas formidable que podian temer los latinos. Dirigióse á él sin conocerle la cólera de Alejo, y con un dardo arpadado le acomete, le embiste, y le rinde á sus piés. Hé aquí que en el mismo instante de esta particular victoria ve el Príncipe que los griegos suspenden las armas, aun estando por la mayor parte victoriosos: ve que los brazos desanimados se les caen frios y lánguidos, que ni se atreven á avanzar, ni tienen fuerzas para huir. Teme el Dux alguna gran celada, ignorando el motivo de esta novedad, y suspende tambien sus acciones. En esta incertidumbre cogen un prisionero, y este les declara el motivo. Huyó, les dice, esta noche el emperador Alejo Ángelo, *Murtzulfo* virtilo, en una barca con su mujer, familia y tesoros<sup>1</sup>. No bien oyó el príncipe Alejo Ángelo IV la noticia, cuando de repente se le mudó el semblante, el ánimo y el corazon. Empieza ya á mirar á los griegos como á hijos, y á los latinos como extranjeros, aunque amigos. El gran Dux da las órdenes propias á esta novedad; Alejo reconoce á su antiguo amigo; la sangre que á borbollones le sale del pecho le enternece, y ver que á quien tiene á sus piés medio muerto es Timoteo, le aflige. Aun no habia espirado: aun oyó que el Príncipe era su soberano, y con los ojos moribundos, con la mano débil y pálida, sin poderse explicar, se explica: que el amor para todo tiene arte. Alejo entonces se apea del caballo y le abraza, quiere, mas teme arrancarle la arpada lanza con que le habia atravesado. ¡Ay amigo! le dice. ¡Ay príncipe mio! le responde por señas: entonces ya parece virtud y heroismo á los ojos de Alejo lo que en el anterior instante era motivo de rabia y de venganza. Revivensele en la memoria los dulces entretenimientos de los años juveniles, en que la distancia del cetro permite mas confianza á la amistad. El corazon se le enternece, y llora: las lágrimas se mezclan con la sangre del amigo, que él mismo la hacia correr, y afligido le va á arrancar el hierro; mas sin advertirlo multiplica y aumenta la herida, y viene el amor á concluir el homicidio que comenzó la rabia. El corazon de Timoteo ya no palpita, sino con

<sup>1</sup> Alejo III llevando el oro y plata que pudo, siguiendo el rumbo del Bósforo, se refugió en *Jagora*, ciudad de Tracia.

y sus alientos del amor: el alma se le quiere separar; pero el presintiendo el último suspiro, se esfuerza, le pide la mano á Alejo, y llegándola á sus labios ya frios, espira. En este tiempo los príncipes cruzados vieron venir hácia ellos los habitadores de la ciudad en procesion á pedir misericordia. Concedéronles la vida, permitiendo el saqueo á sus tropas, con tal que guardasen el decoro á las mujeres<sup>1</sup>.

49 Ya el Dux, Balduino, Montferrato y todos los cabos rodean á Alejo, y él los recibe con los ojos bañados en lágrimas; pero cuando los señores griegos se le acercan, las enjuga fácilmente. Perplejo no sabe á quién abraza primero, si á los enemigos que ya no lo son, ó á los amigos, que lo son ó lo fueron. Lloro la sangre de los griegos por ser sus hijos; siente y agradece la que los latinos derramaron. Llévano todos en triunfo, sin que hubiese victoria, y toman el camino de la cárcel para buscar á Isaac Ángelo.

50 Nosotros estábamos pasmados viendo la repentina suspension de las armas. ¡Ah! que es muerto mi hijo, decia Isaac. Es muerto mi hijo, y con su vida se acaba el derecho y todas mis esperanzas. Cesarán las armas, pues ya ninguno las tomará por mí, ciego, encarcelado y medio muerto. En este tiempo, viendo el centinela que corrian á la fortaleza, nos hizo bajar precipitadamente, porque creía que el tirano mandaba reforzar las guardias para asegurarse de los presos. Métenos en calabozos separados, y duplica las cadenas y las llaves; mas apenas me habian encerrado, cuando oigo en la cárcel vecina vivas, adoraciones y parabienes, todo en agradable desorden. Oigo la voz de Alejo, la del Dux y la de los principales cabos, que conocí en Zara: oigo que los griegos postrados en tierra dan á Isaac Ángelo las adoraciones de emperador, y que lo pasan desde las cadenas al trono, llevándolo en palmas al templo de Santa Sofia, en compañía de Alejo su hijo, para que este se declare allí tambien asociado en el cetro<sup>2</sup>. En ese grande alborozo ninguno se acuerda de Miseno, y Miseno queda olvidado y encerrado en la cárcel; pero ¿qué importa, si queda estudiando en el libro de la experiencia lo

<sup>1</sup> Hallaron en la ciudad inmensas riquezas de oro, plata y pedrería, tanto (dice la Crónica de Ville-Balduino) que jamás se vió en parte alguna saqueo tan rico. Entre franceses y venecianos se repartieron 800,000 marcos de plata. (*Abate Choysi*, 1204).

<sup>2</sup> Coronado Alejo, inmediatamente escribió al Sumo Pontífice, reconociéndole por cabeza de la Iglesia universal, prometiéndole obligar á sus vasallos á renunciar el cisma. (*Ab. Choysi*, lib. 22, 14, año 1204).

<sup>3</sup> El Abate Vertot. (*Hist. de Malta*). Sucedió esto año 1203.

poco que vale la palabra de un hombre cuando muda de fortuna, cuán loco es y cuán infeliz el que obra bien, solo con la confianza del agradecimiento de los hombres? Doctrina que me valió mas que todos los cetros y coronas del mundo.

## LIBRO VII.

El Conde y la Princesa se irritan contra la ingratitud de Isaac Ángelo, y Miseno procura sosegarlos.—Motivos políticos por que fueron ingratos Isaac y su hijo.—Llevan á Miseno atado á otra prision muy distante, y procura consolarse á sí mismo.—Canta en la mazmorra, y Hermilla, hija del gobernador de la fortaleza, le visita y le habla, lamentándose de su futura infelicidad.—Responde Miseno con ánimo heróico, y queda suspensa Hermilla de su filosofía.—Pinta Miseno unos cuadros alegóricos de una quinta en Mariemburgo, con lo que responde á Hermilla, y concluye diciendo: que todos los sucesos tienen un rostro apacible y otro desagradable, que podemos tomarlos por el lado hermoso, y que muchos trabajos no conducen al bien sin que lo percibamos.—Dale Hermilla á entender que le orden para quitarle la vida.—Responde Miseno con valor.—Se va Hermilla, y queda Miseno revolviendo en el pensamiento cuanto Hermilla le dijo, y se le amotinán las pasiones en el pecho.—Aparécesele el Ángel protector de Polonia, y le consuela con agradables presagios.—Llega orden de Alejo para que prontamente se le quite la vida á Miseno con el mayor secreto.—Lee Hermilla la orden que no admitia réplica, y medita el modo de libertarle.—Una gruta subterránea, en donde entraban las aguas de un rio por debajo de la cárcel, la ofrece especie oportuna para su intento, núm. 26.—Intima Teodoro á Miseno la sentencia, y este queda sereno y admirado.—Toma Hermilla á su cargo poner en ejecucion las órdenes del Emperador para salvar mejor al preso.—Sale Miseno del fuerte por debajo del agua en una boya, y encuentra á su bienhechora en la playa.—Háblale Miseno la contesta, núm. 30.—Respuesta de Hermilla á Miseno, núm. 32.—Sale Miseno de los dominios del Emperador.—Entra en la Bulgaria para pasar á Hungría y Polonia.—Embárcase en el *Esker* con dos húngaros, el uno que va á felicitar á Mieceslao su ascenso al trono.—Discurre Miseno sobre el derecho de Lesco á la corona, y el Embajador sobre las incomodidades del cetro.—Finalmente llega Miseno incógnito á Polonia.

1 No podia la Princesa contener su admiracion y espanto á vista de la ingratitud de Alejo, y de su padre Isaac Ángelo. El Conde saltaba impaciente solo de oír la relacion de semejante suceso, y uno

<sup>1</sup> *Maledictus homo (infelix) qui confidit in homine... erit enim quasi myricae in deserto.* (Jerem. xvii, 5). J. B. Duhamel hic. *Myrica*, vulgo, la *bouyère*, *jara* ó *taray*, arbusto pequeño, que segun Plinio, lib. 249, si es hortense, da el fruto áspero, si silvestre, ninguno.

y otro descargaban crueles golpes de justa indignacion sobre tales desconocidos, concurriendo cada uno con los colores mas vivos, y las mas negras sombras que podian, para hacer sobresalir la fealdad de los retratos que de ambos ingratos se habian figurado en su imaginacion<sup>1</sup>. Miseno entonces, como sangre fria, intentando tranquilizarlos, les dice que no se admiren del caso, porque no habia motivo para ello. No cae, les dice, no cae bien la admiracion sino sobre lo que es raro, y no hallaréis en el mundo cosa mas comun que hombres ingratos. Los mismos que declaman con mayor horror contra este monstruoso vicio, lo adoptan muchas veces como á su hijo querido, por cuanto solo es feo por el aspecto que mira al bienhechor; así como por el que mira á los ingratos es agradable; y es la razon, porque á los favorecidos los dispensa de la obligacion del reconocimiento, que siempre oprime; pues cuanto mayor es el beneficio que se recibe, tanto mayor es la esclavitud en que queda constituido el beneficiado; y como muy pocos gustan arrastrar estas cadenas, con solo un simple modo se libran de su pesadez. Amigos míos, quien no quisiere vivir con ingratos mucho trabajo ha de tener, si ha de vivir en el mundo. Infeliz será el hombre que no experimente ingratitudes, porque muy poco bien habrá hecho á los demás. Por lo contrario creed que cuantos mas ingratos hiciéremos, tanto mas noble es el fin que nos mueve á obrar bien. Esta es la condicion del corazon humano. Si halla correspondencia, insensiblemente la busca, y ya entonces obra con los ojos en ella; mas si no la encuentra, obra con ánimo noble y heróico haciendo el bien, solo porque es bien, sin otro fin ni motivo que fomente el interés, ó disminuya el valor. El que hace bien solamente á los agradecidos, comercia; mas el que lo hace á los ingratos, obra por pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: uno procede como hombre, el otro como Dios, y este siempre tiene el delicado y agradable consuelo de haber obrado bien, que es el gusto mas deleitable que puede lisonjear el paladar de una alma bien formada.

2 Este era mi único consuelo en la cárcel. Verdad es que de cuando en cuando mi naturaleza gemia, y alguna queja ó sentimiento se me escapaba, por mas que me decia á mí mismo todo cuanto vos habeis insinuado, y á esto me incitaba tambien el soldado que estaba de centinela el día de la batalla, quien siempre me quedó afi-

<sup>1</sup> Año 1203 fueron exaltados al trono, el 1204 su deudo Alejo Murtzulfo quitó la vida con veneno á Isaac, y pocos días despues ahorcó por sus manos á Alejo. (B. M. Florez en su *Clave*).